

“La epopeya paraguaya”

p. 160-165

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA EPOPEYA PARAGUAYA

Hace como ocho décadas que Argentina, Brasil y el Uruguay mantenían las más cordiales relaciones entre sí. Pero frente a ellas estaba un país dominado por un despotismo militar, que amenazaba su tranquilidad política. Ese Estado era el Paraguay y ese despotismo estaba representado por Francisco Solano López. El pueblo paraguayo era bueno, pero su obcecación no le permitía darse cuenta de que estaba dominado por un monstruo. Las tres potencias que simbolizaban el orden y la probidad política, se aliaron para derrocar al tirano. Y en el momento en que dada la impotencia del Paraguay, podían haberlo mutilado, brotó la voz de la justicia defendida por Domingo Faustino Sarmiento y proclamada por la boca de su ministro Varela: “La victoria no da derechos”. Y así fué como el país fué respetado en su dignidad nacional y en su extensión territorial. Esta era la leyenda negra, bastante aceptada, que Pereyra se propuso destruir.

No fué don Carlos el primero que tomó las armas en esta campaña de depuración de la verdad histórica, pero sí uno de sus más ardientes y desinteresados paladines.

Cuando apareció el libro “*Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*”, un hombre como don Juan E. O’Leary llevaba ya más de quince años luchando contra los detractores de la gloria del Paraguay y de la memoria del mariscal Solano López. A O’Leary se le trató, como se trata a todos los que tienen tesis que modifican conceptos aceptados por la generalidad:



L A P E R E Y R A P A R A G U A Y A

“O’Leary pretendió abrir la reacción vindicadora, todos y todo se lo impedían. Estaba aislado por muros de bronce. Mirábasele con desconfianza. El descrédito le acompañaba. Cada afirmación suya era recibida con prevención. Era necesario que su convicción tuviese raíces muy profundas, que su espíritu se impusiera por una superioridad incuestionable, que su carácter se hubiese templado en la fragua de los luchadores invencibles, para que la oposición quedase allanada, para que la pasión adversa cediese y para que la indiferente pasividad abriera el paso a una marcha triunfal.

*“El convencido sembró convencimiento. Fué maestro, formó discípulos. Hoy el Paraguay aclama a Juan E. O’Leary como Jefe intelectual de un movimiento nacionalista que condiciona todos los bienes de su patria a la apreciación equitativa de los hechos”.*¹²⁸

Pero la intervención de Pereyra vino a significar un esfuerzo mayor dentro de aquella noble cruzada. Don Carlos, para poder explicar mejor el asunto que aborda, revisa acontecimientos del Paraguay ocurridos desde la época del gobierno del Dr. Francia, esto es, desde muchos años atrás de la presidencia de Francisco Solano López.

¿Era el Paraguay un país de barbarie?, tal vez, pero en todo caso *“ni más ni menos, que otros con pretensiones de vilizados”.*¹²⁹

Solano López fué uno de esos hombres que no tienen juventud, porque pasan de la niñez a los deberes de la edad madura. Severo consigo mismo, para poderlo ser más tarde con sus subordinados, demostró siempre una poderosa energía y una gran dedicación al trabajo. Desde los 18 años ayudó a su padre con el peso de serias responsabilidades del Estado.¹³⁰ Logró ser ministro de guerra en el gobierno de don Carlos Solano López.

¹²⁸ Juan E. O’Leary, *El Centauro de Ybycui*, págs. 11 y 12.

¹²⁹ Carlos Pereyra, *Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*, pág.



R E P A R A N D O A G R A V I O S

Concedor de los asuntos secretos gubernamentales, cuando ocupó el poder supremo tenía la suficiente competencia. Había viajado por Europa, adquiriendo una profunda ilustración.

Pero el gobierno de Francisco Solano López iba a enfrentarse a problemas internacionales excesivamente complejos. Brasil empujaba al Uruguay y a la Argentina, contra el Paraguay.

El Mariscal hizo lo posible por conjurar la tormenta; en vano trató de convencer al gobierno argentino para que no se dejase complicar por las maquinaciones del Brasil.

Cuando no quedó más remedio que hacer frente a la guerra, Solano López la aceptó y la supo conducir con heroísmo. Si lo que dice Rufino Blanco Fombona sobre la despoblación del Paraguay es exacto, entonces hay que afirmar con él, que la epopeya de este pueblo no tiene paralelo en la historia. Según la afirmación de este notable escritor venezolano, al iniciarse la guerra, Paraguay tenía una población de 1,300.000 habitantes y unos cinco años más tarde “estaba reducida a 350.000, la mayor parte mujeres”.¹³¹

Se había hablado hiperbólicamente de la crueldad del Mariscal. ¿Qué había en el fondo negro de aquella conciencia de fiera? Ciertamente que “es difícil escrutar el seno tenebroso del alma de un tirano”. Pero Solano López no era tiranuelo vulgar, sino un hombre que simbolizaba la resistencia heroica de un país, que defendía su dignidad nacional. Blanco Fombona ha trazado con maestría singular, la severa disciplina a que sometía a sus hombres aquel capitán de hierro:

“Sus generales debían, al pie de la letra, vencer o morir. El coronel Estigarribia, enviado al frente con 12,000 paraguayos, a conquistar la provincia brasileña de Río Grande, se mira cer-

¹³¹ Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay, pág. 219.



L A E P O P E Y A P A R A G U A Y A

*cado, cuando sólo cuenta 8,000 hombres y se rinde por fin al hambre y a 30,000 soldados brasileños: Solano López lo fusila. Más tarde, constreñido a la última extremidad, sin ejércitos, sin parque, sin municiones, muertos de hambre, le hablan de pactar con el enemigo su hermano carnal, su cuñado, el coronel Alen, el obispo Palacios: Solano López fusila al obispo, al coronel, el cuñado y al hermano”.*¹³²

Por su parte Pereyra se indigna y con razón, contra los que hablan de la crueldad de López, en términos condenatorios. Esa crueldad al fin y al cabo estaba supeditada a la defensa del terruño patrio que disputaba palmo a palmo al adversario. Por eso es que, tomando en cuenta testimonios como el del general argentino Garmendia, siente la más vehemente de las indignaciones. En efecto, la descripción que ha hecho este jefe de la batalla de Abay, no puede ser más patética.

*Casi todos (los combatientes paraguayos) perecieron; 3,500 cadáveres enemigos, enlodados en pantanos color de sangre, yacían amontonados, como si atestiguase aquel acto inhumano la destrucción de un pueblo. Cayeron en poder del vencedor mil prisioneros, de los cuales seiscientos estaban heridos, y fueron abandonados, por muertos, en el campo de batalla. ¡Qué proporción horrible! Aquello no fué una batalla, sino una horrible carnicería. Trescientas mujeres que, como las heroínas galas, habían presenciado el combate, aumentaron el botín de la victoria. La soldadesca desentrenada abrió las válvulas de su feroz lascivia, y estas infelices, que habían visto perecer a sus esposos, hijos y amantes, sufrieron los más torpes ultrajes de la lujuria en la noche más negra de su pena. “¡No sé como no murieron!”. No se hizo persecución, porque no hubo a quien perseguir.”*¹³³

¹³² Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay, Carlos Pereyra, pág.

¹³³ El Centauro de Ybycui, págs. 17 y 18.



R E P A R A N D O A G R A V I O S

Se justifica así que Solano López no haya hecho una guerra humanitaria.

No se necesita mucha imaginación para comprender que Francisco Solano López, que, como lo demostraron los hechos, estaba resuelto a sepultarse en las ruinas de su patria, tenía que aceptar hasta lo que hay de necesariamente odioso en la epopeya o a verse ridiculamente aprehendido en su campamento por los oficiales de su propia guardia. No es posible regar flores de égloga sobre un camino de muerte. Si Francisco Solano López hubiera querido perpetuarse simplemente en el puesto que ocupaba, mandar y ser obedecido, aplastar las voluntades contrarias, por el placer de la dominación y por los lucros del poder, habría sido un criminal fusilando al obispo, a Benigno y a sus cómplices. Pero un Francisco Solano López que después de aquellos hechos tenebrosos de la acción de Piquisiti, que se retira a Ascurra, que perdida toda esperanza, acepta las penalidades de los últimos cuatro meses de peregrinación, y que vencido en el atrincheramiento de Cerro Corá, pronuncia con los fieles que le siguen la palabra arrogante del desafío al vencedor, no es simplemente un endemoniado, ni un frenético, ni un bárbaro. Es un hombre, un hombre extraordinario”.

En resumen, el Mariscal no es un monstruo, ni un desequilibrado, ni una fiera. Y los que así lo tratan, no tienen ecuanimidad al juzgarlo:

Pero pregunto si es compatible odiar a un hombre y creerlo fiera, si se puede llevar de frente una política que no revele puramente accesos de histeria, cuando se abandona la razón de Estado por una baja pasión. Los que ponen del lado de López todas las negruras de la maldad, harían bien si calmándose preguntaran cómo puede calificarse dentro de la misión docente de Sarmiento, el amigo de la niñez, o de su serenidad política de Presidente, la cólera con que ruge, espumándole la boca: La guerra está concluida, aunque aquel bruto tiene más de doscientos



L A E P O P E Y A P A R A G U A Y A

tas piezas de artillería y dos mil perros que habrán de morir bajo las patas de nuestros caballos. Ni a compasión mueve aquel pueblo, rebaño de lobos” . . . Estos dos mil perros son en otra parte dos mil animales que obedecen a López y mueren de miedo. Quienes hablan así, pueden pedir que un alienista sujete a López con camisa de fuerza. ¿No son ellos quienes la necesitan?

Ahora bien, podría creerse que una vez que O’Leary había publicado trabajos sobre Francisco Solano López, y Pereyra había dado a luz su libro reivindicador de la memoria del Mariscal, el concepto histórico en torno a este tema había cambiado notablemente. No fué desgraciadamente así. Por eso es que cuando O’Leary publica su obra “*El Centauro de Ibycui*”, que se refiere a la vida del general Caballero, —uno de los capitanes más estimados de Solano López—, Pereyra que le prologa el libro, hace notar que la reivindicación de los defensores de Paraguay no ha sido todavía plena:

“No viene, sin embargo, este libro en una hora de calma, pasada ya la lucha, a señalar un remanso en la actividad revisora de O’Leary. No, lejos de esto, al escribir en España y en Francia sobre la gloriosa vida del general Caballero, siente caer en torno suyo, como si ocupara el bastión de una fortaleza batida por el enemigo, la lluvia de los folletos que continúan vomitando las prensas enemigas contra el “monstruo” del Paraguay. Cunde el terror en torno de O’Leary. Es peligroso acercarse. Hay metralla para todos los amigos y simpatizadores del expositor de la tesis paraguaya. ¿Paraguaya? No. Lopizta. pues con esta palabra se quiere rebajar el concepto de la misión que O’Leary cumple, poniendo en ella su bravura, su tenacidad y su talento. La jauría continúa persiguiendo a López. Hay que acosar a la fiera y exterminarla en los libros, después de haberla hecho rodar la picada del Chiriguëlo al ensangrentado cauce del Aquidabán.”¹³⁴

¹³⁴ El Centauro de Ybycui, ob. cit., págs. 13 y 14.